

RG 44/11

Año I

Pontevedra 8 de Julio de 1893

Núm. 27



FILOMENA DATO MURUAIS



Filomena, la sencilla,
 dulce é inspirada cantora
 de estos cielos, de estos rios,
 de estos valles, de estas frondas;
 de su voz arpaada y dulce
 con las encantadas notas
 y los acentos purisimos
 que sus versos atesoran,
 queda en éxtasis el alma,
 y el espíritu se arroba.
 Mujer, poetisa, y gallega...
 ¡Toda la poesía! ¡toda!

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS



La razón del silencio.—Lo valiente no quita lo cortés.—Es peor el remedio que la enfermedad—; Uf! qué calor!— Una oreja una moralidad, una estatua y una inscripción.—Lo culminante del día.

Parecería extraño que en una revista genuinamente gallega, no se dedicasen dos palabras al suceso del día, al grave asunto, no de las Capitanías Generales, sinó de la rebeldía en que se halla la Coruña frente á los poderes constituidos, si todos los lectores no estuviesen convencidos de que la propia gravedad del asunto impone el silencio más absoluto, y que, caso de decir algo, sería solo para exhortar á los coruñeses, á la calma, á la serenidad, al orden, y recordarles que en todo tiempo ha sido y será verdad aquel refrán: «si dá la piedra contra el cántaro ó el cántaro contra la piedra, mal para el cántaro.»

Además, convencidos de que toda obra humana tiene defectos y en especial las que son debidas á pasiones vehementísimas, á exageraciones disculpables, tendría que dar á mis palabras tono de censura y eso es, ahora más que nunca, inoportuno.

Cuando una persona querida comete alguna falta, nuestro deber es advertírselo para que evite el mal que pueda sobrevenirle; si ape-

sar de nuestros consejos el mal sobreviene, nuestros esfuerzos deben dirigirse á hacer que las consecuencias de ese mal sean todo lo menos sensibles que se pueda; nuestros acentos serán de concordia, de armonía, de orden, de serenidad, por lo muy seguros que estamos de que «al hombre por la razón y al buey por el asta»; jamás de parcialidad, de pasión, de excitación á la lucha, de encono, de ira. Menos todavía podremos recriminarle, afearle su falta, en público sobre todo, demostrar parcialidad por el contrario, declarar que este es el que tiene razón; no. Allá dentro de nosotros mismos, en nuestra conciencia, nos confesaremos la falta de nuestro hermano, pero la callamos, no la dejamos traslucir un punto siquiera; pero nuestra boca se abrirá para aconsejarle la calma, y en último resultado nuestro brazo se alzaré para separar, para evitar el golpe, para hacer que cese una lucha que tanto más dolorosa nos será, cuanto menos razón tenga nuestro hermano en provocarla.

Esta es la actitud de gran parte, y á mi juicio, de la casi totalidad de los gallegos, en la cuestión, no de la Capitanía General, sinó de la abierta, franca, declarada rebelión de la Coruña, que, si bien ha sido provocada por la cuestión de la capitalidad militar, se debe á otros más hondos y sérios motivos. Estamos en el momento en que no debemos decir quien tiene razón, porque de dársela al Gobierno, padecería el firmísimo cariño que á los coruñeses tenemos, y sería además innoble quitar al débil un elemento de resistencia tan grande como es la creencia de que todos participan de su opinión; y de dársela á la Coruña, nos haríamos solidarios de un delito castigado por la ley, que debemos respetar y aconsejar que todos la respeten.

Es nuestro consejo, en las presentes circunstancias, de paz, de cordura; de templanza; procurando evitar las precipitaciones; con la lengua dispuesta á calmar, el brazo dispuesto á evitar y el corazón queriendo siempre y muy hondo. Es espíritu de transigencia, no de justicia estricta, y sin adjudicar á ninguno lo que él cree de su derecho, sin declarar de parte de quién está la razón, pedimos que cedan las dos partes algo de su derecho, que sacrifiquen un poco para salvar mucho; que haya paz, mesura, serenidad; que el débil, que es el pueblo impaciente, no provoque; y que el fuerte, que es el Gobierno, no solo no abuse, sinó que procure no usar siquiera de la fuerza, agotando todos los medios de conciliación de que él dispone.

La cordura por las dos partes, se impone. No resulte que al fin hayamos de aplicarles á todos, aquellos versos de Lope:

Señales son del jüicio

ver que todos le perdemos:
- unos por carta de más
y otros por carta de menos.

* * *

Indudablemente, el Centro Gallego puede darse con un canto en los pechos; ha dado con lo que buscaba.

Cuidado que el Sr. Canalejas se está portando como el mejor Presidente de todo lo presidible, y con eso nos dá la prueba más clara de que para los gallegos no hay mejores jefes que los no gallegos.

Estas alabanzas mías al Sr. Canalejas, no tan sólo no son una rectificación de lo que, con motivo de su elección para el cargo de Presidente del Centro he dicho, sinó que por el contrario lo corrobora y amplía demostrando como es ciertísimo, que el Sr. Canalejas tiene como ninguno condiciones para dirigir el Centro Gallego, que es orador insigne, caballero como pocos, afable como ninguno; todo... menos gallego.

Pero ya me pesa haberlo dicho, y de hoy más juro no repetirlo. Porque esto que, en un periódico, pasa, como también en conversación particular, es poco galante, irrespetuoso y descortés, dicho al propio interesado, frente á frente, en plena Junta general, en el acto de tomar posesión del cargo. Por eso no es de extrañar que semejante manifestación le hubiera disgustado al señor Canalejas, cuando lo probó en su discurso recalcando la frase: «yo nací en Galicia», como invocando un título justísimo para obtener el cariño y la consideración de los gallegos, que todos, sin excepción, se los otorgan con el mayor placer, cabiéndoles en ello grandísima honra.

El Centro Gallego tiene ahora todo cuanto pudiera apetecer para figurar dignamente al lado de las

mejores sociedades de Madrid; un número de socios importante, un entusiasmo nada decaído, y un Presidente como no podía esperárselo. Si ahora no hace lo que debe, es sencillamente porque no quiere.

Y entonces, Centro Gallego, diré: la cosa es proba-la: ó no sirves para nada... ó yo no soy más que un lego.

* *

Mella, el diputado por Estella peroró en el Congre o la otra tarde; la cosa está que arde á juzgar por lo que allí nos dijo Mella. En Galicia ya está el regionalismo imponiendo sus leyes soberanas; en Navarra, dos cuartos de lo mismo; hay en Murcia partidas... muy serranas; hay tiros por doquier; hay degollina, y de fiesta por fin, han armado tremenda sarracina las gentes de Cehuguin. La cosa es evidente: que si viene don Carlos con su gente, nos aplica el remedio de contado y se queda el país más aliviado. ¡Porque en vez de motines ¡cosa buena! ¡viene á armarnos la gran marimorena!

* *

Señores: en Madrid hace un calor cual jamás he sentido otro mayor. Lo habrá habido mayor, yo no lo dudo, pero es que no me acuerdo; el hecho es que el calor es pistonudo y más pesado que el doctor *Esquerdo*; (advierto á ustedes que le llamo *eso* porque es hombre. el doctor, de mucho peso) Y estamos sin jardines y sin otras mejores diversiones que los teatrillos ruines en donde cuatro cómicos ramplones destrozan sin conciencia los tímpanos. el arte y la paciencia. Y yo me desespero al sufrir este clima del infierno. ¿Por qué en Julio no empezará el invierno, y no queda el verano para Enero?

* *

Leo:

«En el hospital de Murcia ingresó un valenciano, llamado Francisco Balufer, con uno oreja de menos por habérsela arrancado otro individuo, de un mordisco.

»Al ser curado preguntó el médico...

(Alto el suelto: ¿cómo es eso? sepamos quién fué el curado, si fué, como dice, el médico, ó si fué el desorejado.)

«...por el paradero de la oreja perdida, y el Bolufer la sacó del bolsillo donde la guardaba envuelta en un papel.»

¡Jé! ¡Jé! la cosa es chistosa ¿eh? Y por contera muy moral.

Calculen ustedes que diría el médico:

—¿Y la oreja? ¿Ha tirado V. la oreja?

—Cá, no señor; no tengo ese vicio. No sé tirar de la oreja á nadie, y prueba de ello es que la traigo envuelta en este pápel.

Propongo que los Padres de familia levanten por su cuenta una estatua á ese sujeto probo y desorejado. Y en el pedestal deberían ponerle la siguiente inscripción:

La paternidad moralizadora

A FRANCISCO BALUFER

proto-Malco que perdió una oreja y en vez de tirar de ella, guardóla en un papel venerado; pedazo de un número de «La Unión Católica.»

¡San Pedro se la pegue!

Año I de la Era de la Bella Chiquita

* *

«Se espera con verdadero anhelo la llegada á Madrid de los célebres ciclistas, franceses, Mr. Edonard Perrodil, redactor de *Le Petit Journal* y el pintor Enrique Farman.

Emplearán ocho días en el recorrido de París á Madrid, ó sea una distancia de 1,500 kilómetros, con marcha promedia de 22 kilómetros por hora.

En todas las poblaciones del tránsito son recibidos con gran agasajo, y su llegada despierta gran curiosidad y entusiasmo.»

Bueno: si todos fuéramos como

Adolfo Mosquera—para el cual una bicicleta es una prenda tan querida como una persona de la familia, y la cuida como á un nene mimado, y hasta hay quien asegura que comparte con ella su lecho—esta noticia nos causaría tanto gozo por lo menos como si se nos hubiese muerto la suegra. Pero ¡quíá! ¡tontos y frívolos que somos! No pensamos en otra cosa que en los presupuestos, y en las reformas y el orden público y demás zarandajas que nos traen á mal traer á los periodistas.

Y en vez de participar de su entusiasmo, decimos con la mayor frescura:

Solo nos faltaba eso
para perder la chaveta
y derretirnos el seso:
que nos enseñen *progreso*
en bicicleta.

¡Cómo si aquí necesitáramos de ese armatoste para andar de prisa!

Porque ya es sabido: en este país
«el que no corre, vuela.»

Y... *tutti contenti*.

JOSÉ G ACUÑA



¡POLVUS ES...!

SONETO

Luchar sin trégua, perseguir la gloria,
No tranquilo jamás, siempre anhelante
Subir hasta la cúspide radiante
Y luego hundirse en la podrida escoria.

Tener un corazón y una memoria,
Querer y odiar, sentirse á cada instante
Pigmeo con alientos de gigante,
Tal es del hombre la agitada historia.

Y así vá consumiéndose á los humanos
De la ambición el sórdido apetito
En lucha esteril, tras esfuerzos vanos.
¡Que la tierra es un átomo maldito,
Una gota cargada de gusanos
Que rueda por el mar del infinito.



ENRIQUE LABARTA.



X . . .

HACE algunos meses viajaba yó en el *Ferrocarril Interoceánico* de Xalapa á México. El día era delicioso, y encantaba la vista el riquísimo verdor de la campiña, que parecía palpitar ébria de vida, bajo el sol tropical que la hacía eternamente verde, y eternamente fecunda en extensiones que no tienen límite, y conservan toda su gracia y su vigor salvaje. Aquí y allá, en la falda de las colinas, y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunas *rancherías* y *jacales* que asomaban entre vallados de enormes cautos, sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce asomaban en los umbrales, é indiferentes y silenciosas, contemplaban el tren que pasaba silvando y estremeciendo la tierra. La actitud de aquellas figuras amarillas revelaba esa tristeza trasmitida, vetusta, de las razas vencidas: su rostro era humilde y simpático, con dientes muy blancos, y grandes ojos negros, selváticos, poderosos y velados. Parecían nacidas para vivir eternamente en los aduares, y descansar al pié de las palmeras y de las *ahuehuetles*.

Acabó por arrancarme de la contemplación del paisaje, la charla, un poco babosa, de una pareja que ocupaba el asiento fronterero al mio. Ella bien podría frisar en los treinta años; era blanca, rúbia; muy gentil de talle y de ademán brioso y desenvuelto: él parecía un niño; debía estar enfermo, porque apesar del calor de la mañana, iba muy abrigado, con las piernas envueltas en una manta listada, y cubierta con un fész encarnado la rala cabeza, de la cual se despegaban las orejas que transparentaban la luz.

Presté atención á lo que hablaban. Se decían ternezas en italiano. Ella quería ir á París, y consultar allí á los médicos de más fama: él se oponía, llamándola *cara* y *bona amica*; sostenía que era preciso trabajar y tener juicio: si hallaban contrata, no estaban en actitud de desecharla.

A lo que pude comprender, eran dos cantantes. No estaban casados. Ella tenía marido, pero el tal marido, debía ser peor que Nerón, á juzgar por las cosas que contaba de él. Por un periódico averiguara que se hallaba cantando en un teatro de México, y la dama, que parecía muy de armas tomar, hablaba de ir á verle para recobrar las joyas con que se le había quedado el *berganto*.

—*Io non ha paura*—decía con una risa extraña, que dejaba al descubierto la doble hilera de sus dientes, donde brillaban algunos puntos de oro.

Hundió en el bolsillo, la mano cubierta de sortijas, y la sacó armada de un revólver diminuto, un verdadero juguete, muy artístico y muy mono...

Todavía siguieron hablando algun tiempo, hasta que fatigado el jóven, se acostó en el asiento que ella dejó por completo á su disposición viniendo sentarse á mi lado.

Entónces, sin que se la preguntase, me contó su historia, una historia novelesca que nada tenía que ver con la que acababa de oír. Ella era la condesa de Luca; y aquel caballero enfermo, el conde su marido. Si yo había estado en Italia, no dejaría de haber oído hablar mil veces de los Lucas, ¡porque eran de los más ilustres!

Y como yo recordase vagamente, un título italiano, de aquél, ó parecido nombre, la linda condesa, sin dejarme hacer memoria, proseguía:

—¿Era viejo? sería mi tío el príncipe. ¿Era mozo? ¿militar? sería mi hermano Hércules, marqués de Luca-Vechia.

Y sin tomar aliento, proseguía el relato de sus grandezas, con una verba alegre, pintoresca y descosida, como los cintajos de su sombrerillo de viaje que no cesaba de levantar la brisa de las lagunas.

II

Era la hora de la siesta, y todos los viajeros parecían sentir, sinó sueño, sopor y pesadez.

Las conversaciones se hicieron cada vez más raras. Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes, y todo quedó en silencio en el vagón.

El calor era insoportable. El tren, que traza curvas rapidísimas, recorría extensas llanuras de *tierra caliente*; plantíos que no acaban nunca, de maíz y caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica, montecillos chatos, revestidos de una maleza espesa y verdinegra. En la llanura, los chaparros tendían sus ramas formando una á modo de sombrilla gigantesca, á cuya sombra, algunos indios de las *haciendas*, vestidos con zaragüelles de lienzo, devoraban la miserable ración de *tamales*.

No llegamos á México hasta el atardecer. En el cielo sereno y límpido, blanqueaban las primeras estrellas, que se reflejaban en el fondo de los grandes lagos que esmaltan la meseta central. En el borde del horizonte, sobre la ciudad, relampagueaban las nubes, mientras en el otro borde, se marcaba el ocaso con una faja sangrienta. El silencio era majestuoso; en la atmósfera tibia y muda, flotaba el olor acre y saludable de la tierra madre. Antiguos canales, de la época azteca, desecados y llenos de lodo, orillaban el camino. Las luces de la ciudad, parpadeaban á lo lejos, como pupilas foscas é inquietas de una gran manada de gatos monteses.

III

Llegamos. Ayudé á bajar del coche al conde, que temblaba de frío y apenas podía moverse. La condesa al despedirse, me oprimió las manos con muestras de mucho afecto. ¡Oh! ella no se olvidaría nunca del *signore!*...

Yo tampoco me olvidé ¡qué diablo! Después volví á verlos muchas veces. En todas partes los hallaba: un día en las torres de la catedral, otro en un reñidero de gallos, la última vez visitando el castillo de Chapultepec, dando confites á los tigres. El caballero parecía cada vez más enfermo; no podía andar, sino era apoyado en el brazo de la condesa. Algunos días después, la encontré á ella sola; entraba en el despacho de un ministro, á tiempo que yo salía. Cuando la pregunté por el enfermo se echó á llorar.

—¡Ah! mío povero!

Luego, me contó que había muerto, y que ella quería trasladar sus despojos á Italia, al panteón de los duques de *Papolasca*.

Se cubrió con el pañuelo los ojos, y exclamò supirando:

—¡Oh! mío caro! ¡mío carísimo fratelo!!!

¡Su hermano! ¡Pues no habíamos quedado en que era su marido!..

R. DEL VALLE-INCLÁN

DOÑA CAYETANA

(DEL DIARIO DE UN JÓVEN SOLTERO)

Yo era entonces la criatura más candorosa de la tierra. Acababa de llegar de mi pueblo, y las mujeres me parecían ángeles y las mamás diosas y el mundo un paraíso.

Cuando conocí á Juanita experimenté una emoción inexplicable. Las piernas se me doblaban, el corazón latía aceleradamente y sentía un escarabajo extraño en las plantas de los piés y en ambos vacíos.

Juanita notó que no me había sido indiferente y puso de su parte cuanto le fué posible para seducirme.

¡Qué feliz era yo todas las tardes cuando iba á verla con permiso de su mamá!



Pero mi ventura duró muy poco.

Cuando Juanita pudo advertir que yo la amaba, comenzó á abusar de su situación. Doña Cayetana, mi suegra futura, contribuía poderosamente á mi sufrimiento aconsejando á su hija en daño mío.

—A los hombres hay que sobajarlos—decía la vieja.—No consentas á tu novio la menor libertad. Trátale como trataba yo á mi difunto, que me tenía más miedo que á una nube y se fué al otro mundo lleno de cardenales.

Entre la madre y la hija me traían á mal traer, y yo no tenía momento de reposo.

Si llegaba retrasado á ver á mi Juanita, se abalanzaba sobre mi su dulce madre, diciéndome:

—¡Usted vá á acabar con esta criatura! ¡Usted es un verdugo! ¡Pobre hija mía de mi alma!

—¿Pero que he hecho yo; señora? —me atrevía á murmurar.

—¡No lo pregunte Vd.! ¡Pérfido, bandido, republicano federal!.. ¿Que horas son estas de venir?

—Me ha detenido un amigo, que iba á casarse.

—¡Embustero; pillo, malhechor!

Juanita, entre tanto, se enjugaba los ojos con una servilleta, y sólo despues de muchas lágrimas y muchos sollozos, venia hacia mí, hecha una fiera, y me restregaba la nariz con un mechón de pelo que le había yo regalado el día de su santo.



—Toma, toma—gritaba—ahí tienes esa prueba de amor. Te la devuelvo. No eres digno de que te ame.

Dos meses y medio duraron mis relaciones con Juanita, pero solo Dios y yo sabemos lo mucho que sufrí y las amarguras que tuve que devorar.

Doña Cayetana llegó hasta pegarme cierta noche en que Juanita se manifestó celosa.

—Sí, sí,—gritaba ésta, arrojándose de bruces sobre el sofá.—Tú estás metido con la criada de la casa de huéspedes.

—¿En qué te fundas para herirme de esa suerte?—le pregunté yo.

—En que hueles á cebolla.

Doña Cayetana vino hácia mi con las narices abiertas y se puso á olfatearme en silencio.

De pronto lanzó un grito de hiena ofendida, y levantando el puño todo lo que pudo le dejó caer violentamente sobre mi cabeza, gritando:

—¡Si, si huele á cebolla.

No recuerdo los puñetazos que recibí de doña Cayetana, pero creo que fueron once. Después me cogió el dedo gordo de la mano derecha y quiso mordérmelo, pero yo me opuse.



Aquel día resolví dejar mis relaciones y vivir pacíficamente bajo la dulce tutela de doña Pancha, mi patrona.

Pero antes de romper definitivamente con Juanita, tuve que librar más de una batalla con su mamá, que me seguía por las calles, reclamándome mi palabra de casamiento; y cierto día en que la encontré, volviendo ella de la compra, me arrojó á la cara una coliflor y quiso darme en la cabeza con una libra de merluza.

El recuerdo de Juanita y su mamá no se había borrado de mi imaginación, y entre sueños creía ver á ambas, ame-

nazándome con sendas badilas candentes.

—¡Bah!—me decía mi amigo Julio.—Olvida esos amores infortunados y lánzate al mundo de nuevo. Voy á llevarte esta noche á una tertulia agradabilísima. Allí tenemos baile, juegos de prendas, bollos de aceite y agua con azucarillo. Todo cuanto puede apetecer la persona más exigente.

—El caso es que estas botas no están presentables.

—¿Qué tienen?

—¡Una friolera! Que se me han rozado por la punta.

—Quítatelas; verás como yo te las arreglo.

Y en un dos por tres me las dejó negras como las alas del cuervo, gracias á un baño de tinta.



A las nueve llegábamos al núm 55 de la calle de Tudescos.

—¿Es aquí?—pregunté á Julio.

—Aquí mismo; en el tercero. ¿No oyes los ecos del piano? El baile ha debido comenzar. Sígueme.

Yo obedecí maquinalmente, y precedido de Julio llegamos al piso tercero.

—¿Quién?—preguntó la criada por el ventanillo.

—Abra usted. Somos amigos de la casa—dijo Julio.

La doméstica nos franqueó la entrada con mano solícita. Penetramos en el comedor, donde había varios vasos de agua simétricamente colocados en una bandeja.

Dejamos los gabanes sobre una silla, nos estiramos los puños, dimos un toquecito al lado de la chalina y penetramos resueltamente en la sala.

—Señora—dijo Julio, cogiéndome la mano derecha y presentándome á la dueña de la casa—tengo el honor...

No pudo concluir; la señora clavó en mí sus ojos de pantera, dió un paso atrás, lanzó un bramido y se lanzó á mi cuello, gritando:

—¡Ah pícaro! ¡Ah tunante! ¡Por fin te encuentro!

Yo, sorprendido por aquel ataque brusco, caí al suelo hecho una pelota.



¡Aquella señora era doña Cayetana!

LUIS TABOADA

Junio 93.



POESÍA Y PROSA

En que versos te escriba
te has empeñado
y me tienes, chiquilla,
desesperado,
por que por complacerte
me vuelvo loco,
y como no soy poeta
mucho ni poco,
no encuentro medio — dicho
sinceramente —
de salir del apuro
decentemente.

Todos chorrean versos,
coplas, cantares,
madrigales, sonetos,
¡poemas á mares!..
Pero yó, ser prosaico
y oscurecido
que nunca tendré lira
ni la he tenido,
que no gozo los dones
de la poesía
con sus auras, sus flores
y su armonía,
¡me paso aquí las penas
de San Patricio!
rábío, muérdo, pateo,
¡salgo de quicio!
para hacer, como todos,
algunos versos
que en Dios confío sean...
malos, perversos.
¿Porque pides poesías
niña galana?
Tu dirás — Por que, chico,
me dá la gana.
Bueno; aparte. Yo digo;
¿porque la prosa
no encontráis las mugeres
mas sustanciosa?
¿Porque quereis, muchachas,
cortos renglones
con rípios casi en todas
las ocasiones
con preferencia á prosa,
lenguaje llano
hablado sin rodeos...
y en castellano?
Yo bien caigo en la cuenta
de tal manía,
de ese afán desmedido

por la poesía.
Es que os gusta la hipérbole
y el ditirambo
que los poetas disparan
á terno y ambo.
Que os encantan los símiles
y las figuras
que os dicen en sus versos...
¡Ay, criaturas!
¡Qué inocentes si crédito
dais á esas tretas
que miden con la vara
los chicos poetas
que á fuerza de metáforas
y desatinos
tratan de deslumbraros,
los muy ladinos,
con sus espampanantes
comparaciones,
sus ojos como cielos,
pies cual piñones,
sus teces como sierras
recien nevadas
y sus megillas frescas
arrebola las,
sus alientos de rosas
y de ambrosía
y sus bocas, estuches
de pedrería...

Todas esas figuras,
casi ideales,
son otras tantas mú-
cas celestiales
con las que nadie vive
—y eso está visto —
sinó es por un milagro
de Jesucristo.
Renuncia á esas pamplinas;
á que en coplitas
te digan todas esas
cosas bonitas.
Procura dar con uno
—si es que él dá el paso—
que te diga: — «¡Fulana;
te amo y me caso!»
Y tú me dirás luego
si con ser prosa...
has escuchado nunca
mas linda cosa. (1)

TORCUATO ULLOA

(1) El verso andaba algo escaso;
prosa tenía sin tasa
Y aunque temiendo el fracaso
me hice, por salir del paso,
poeta... «para andar por casa.»

LA TERTULIA DE LOTERÍA



I
 A estábamos los contertulios de siempre. No faltaba nadie. «Señores, á jugar»,—dijo la dueña de la casa. «Cada cual á su puesto de costumbre.» Rodeamos la mesa. Sonó el *bombo* de las bolas. Unos y otros se fueron acomodando. Yo me senté en mi sitio. Todo estaba perfectamente arreglado. Entre dos damas un caballero. Era lo regular. De tal suerte el bullicio crecía. Todos hablaban. Todos reían. Todos se felicitaban de sus respectivas vecindades. La cosa no era para menos. Todo estaba previsto con suma delicadeza. Los amantes de lado... ya que el amor es la dicha de estar juntos... Los casados á respetable distancia, porque el matrimonio es el hastío del amor... Los viejos verdes con las lindas *maduras*. En fin, todo dispuesto de perlas hacía honor á la amable directora.

II

Empezó la jugada. Se revolvió el bombo. Todos estaban atentos á sus cartones. Salieron varias bolas. «¡Ambo!» dijo uno de esos que juegan con todos los cinco sentidos y verdadera efusión. «¡Terno!»—exclamó allá una linda muchacha que atendía simultáneamente á su novio y al juego. Salieron bolas y más bolas. Un retirado vociferó con voz de Júpiter Tonante: «¡¡Alto!!» Espectación general. Se repasó el tablero de las fichas. Era buena la jugada. «Y se la llevó»—dijo el que apuntaba. Le entregaron los fondos. Después entraron los comentarios. «A mí me faltaba una bola.» «A mí el setenta *pelao*.» «Yo no había pasado de ambo.» Y unos y otros cambiaron sus impresiones. Todo se había perdido menos la afición. El jugador de lotería de buena sangre, tiene mucho alcanzado para marido sufrido, por lo cachazudo. Cada cual recogió sus fichas y arregló de nuevo los cartones. Entre tanto se volvía á cobrar y pasaba el bombo á mis manos. Que habladores, que locuaces estaban unos. Como rebullían en sus puestos otros. La «francachela» tomaba cuerpo. Todo era satisfacción. Los ojos brillaban con relámpagos de alegría. A cada cual le daba por una cosa. Unos por insimismarse con su vecina acercándose á ella hasta lo indecible... esto es, hasta lo que no puede *decirse*, como dice Echegaray. O lo que no puede acercarse... como nosotros diríamos. Aquéllos alabando las virtudes problemáticas de la dueña de la casa. (¡Aduladores!) Éstos hablaban de artes. ¡Oh! en este punto estaban por el clásico *can-can*. (Éstos eran los viejos verdes.) Otrós de caza, aunque solo cazaban en los manteles. Y aún mejor debajo de la mesa como iremos viendo. En fin, los demás allá, de modas y de lujos, suprema coquetería del gran mundo. Y aún había á quien daba por el amor romántico, en estos tiempos de carnalidades sublimes. Y aún de *carnes... tolendas*, si el amor es el contacto de dos epidermis, como decía Voltaire, ó como yo digo con permiso de Voltaire, el carnaval de Cupido.

III

Por un momento aquel cuadro era digno de estudio. Ya se notaba la pereza de esos que se aburren en todas partes. Ya se sorprendía la

mirada furtiva de la pasión. Ya el cambio repentino de postura, acaso por imprevisto y subrepticio cosquilleo. Ya el suspiro entrecortado. Ya la quietud del éstasis. Ya el *que nos miran* de niña previsora. Ruido de piés que rebullían inquietos sin saber por qué. Trabajos subterráneos. Todo con vehemencia. Todo con delicia. Todo con misterio.

IV

Cobráronse de nuevo los cartones. Todo dispuesto, empecé á cantar bolas. ¡Qué silencio sepulcral! No se oía una mosca. ¡Qué recogimiento en las emociones! «Ya me estrené»—dijo regocijada una señorita de castidad dudosa. «¿Sí?»—replicó un caballero á su derecha que curioseándole los cartones, continuaba... «Se estrenó usted con...»—«¡El gancho traperol!»—canté yo. Malévolos—objeté ella con cierto natural pudorcillo. Y unos haciendo ambos y otros haciendo ternos, el juego seguía sin otros accidentes. De pronto saco una bola. Debía ser la buena. Habían salido muchas. Saquéla con gran cuidado. Y... ¡zús! resbala por entre mis dedos y rueda por debajo de la mesa. Precipitadamente corro á cojerla y... ¡¡cielos!! qué veo! Aquéllo era un viaje de exploración á lo Julio Verne. Era la apoteosis de lo infinito. El *Dilivium Tremens*. La mar... Cuanto pié en amante concubinato. Cuanta mano en estrecho coloquio... entrelazada. Cuanta traición matrimonial. Cuanta inocencia perdida. Quedéme á contemplar un rato tanto bien junto. Pero no podía detenerme más tiempo. Sospecharían de mi tardanza. Ya en precipitada fuga las manos y los piés volvían á sus antiguos cuarteles. Esto es, á sus primitivos puestos. Había que salir del escondrijo. Había que abandonar aquel *Cosmorama* con vistas del *Serrallo*. Entónçes me levanté de repente. Con la prisa tropecé con la cabeza en una pata de la mesa. Una verdadera tempestad de carcajadas aturdió mis oídos. Estúpidos!, me coreaban el *aira*, como si dijéramos....

El dolor del golpe y aquella manifestación de burla me encendieron de cólera. ¡Qué rábía! Pero que rábía tremenda, cruel, trágica, sentí para mis adentros. El chichonazo me había hecho llorar. Enjugueme las lágrimas. Iba á cantar la bola cuerpo del delito, ó pieza de convicción de aquel suceso. Y ¡ay! por un extraño contraste de las cosas, prorrumpí en un grito de júbilo infinito, interminable, histérico, apocalíptico, colosal. Quedaron aterrados. Creyendo que me había vuelto loco preguntábanme: ¿Qué tiene usted? «Nada»—dije con acento de sátiro. Con una satisfacción mefistofélica. «Que acabo de descubrir como Colón un nuevo mundo. ¡Cuánta cosa ignorada! ¡Cuánto ingenio en la *ma-nigua*! ¡Cuánto azúcar en las cañas! ¡Cuánto cimarrón enamorado! Y pasé sobre la concurrencia una mirada de triunfo.

Ellos quedaron sorprendidos. Después, y poco á poco, aquello se presentaba á mi vista como un campo de amapolas. Todos estaban sonrojados, encendidos.

Entonces preguntéles á mi vez. «¿Qué sucede?» Están ustedes colorados... ¿P'or qué no rien ustedes? Siga la risa... ¡já, já, já!... y estallé en una tremenda carcajada...

Mi risa era la burla de la risa.

RENATO ULLOA

ELEGIA I.^a**En la muerte de...**

Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?
(Espronceda)

¡Víctima triste de ignorado sino,
Cuando menos se piensa.
Dejas la jaula que te dió el destino
En soledad inmensa!

¡Del hado insano la segur *feroche*
Te aparta de tu dueño!..
Ya no serás en la callada noche
Arrullo de su sueño;

Ya no arrogante, esbelto, presumido.
¡Canario el mas sonoro!
Ostentarás con aire distinguido
Tu gran plumaje de oro..

¡De tu voz dulce de argentinos sonos
El eco ya no existe!..
(¡Quién comerá los tiernos cañamones?..
¡Quién tragará el alpiste?)

¡Deja que llore! ¡Deja que te cante!
¡Deja que te lamente! .
¡Que tu recuerdo celestial decante!
¡Que sufra!.. ¡que reviente!

¡Que á mi pena cruel no halle consuelo!
¡Que con furor osado,
Maldiga altivo, desafiando al cielo,
La insensatez del hado!

¡Y antes que á tu rigor, llorando muera,
Destino atraviario!
¡Deja que exclame por la vez postrera
Con triste voz: ¡Canario!



CARLOS VALLE



Ha llegado á su *chalet* de Marin el Sr. Echegaray.

He aquí una de las contadas noticias que tienen cabida, por excepción, en esta revista.

No esperen ustedes nunca que digamos que ha llegado ó que ha salido el Diputado D. Fulano, el Ministro D. Zutano ó el Capitan General D. Zutano, personas muy dignas de consideración pero que pueden tener de literato lo que yo de Obispo.

Nuestras escepciones quedan reservadas para el autor de *El Gran Galeoto*, de *Locura ó Santidad* y de *Mariana*, por ejemplo.

Conste, pues, la noticia. Ya tenemos en casa á nuestro queridísimo don José.

El domingo hubo al fin toros y estuvo la plaza llena.

¡Qué entusiasmo, que alegrías en la enorme concurrencia! y que modo de pagar pesetas y más pesetas por tan piadoso espectáculo, por esa fiesta torera en que se insulta, se silba, se escandaliza y blasfema y corre sangre y se ven intestinos... y otras yerbas.

En cambio la Compañía de la señora Cirera tuvo la primera noche

la sala obscura, desierta.

¡Ni un alma! ¡Qué soledad!

Y, señores, ¡qué tristeza!

al contemplar el contraste de la plaza y de la escena; al ver como á un buen artista se le abandona y desdeña para aplaudir á *Pepchillo* una estocada «maestra.»

Dijeron que la función del jueves se suspendiera porque rompió á última hora un dinamo de la Eléctrica. Lo que aquí se ha estropeado —y dicho sea en reserva— es el gusto, la cultura, el arte y aún la vergüenza.

La correspondencia literaria y administrativa, se dirigirá al Director de esta revista, Torcuato Ulloa, Santa María, 6, Pontevedra.

SUMARIO

Texto.—*Filomena Dato Muruais.*—*Crónica de la semana*, por José G. Acuña. —*Polvus es...*, por Enrique Labarta —*X...*, por R. del Valle Inclán —*Doña Cayetana*, por Luis Taboada.—*Poesía y prosa*, por Torcuato Ulloa.—*La tertulia de lotería*, por Renato Ulloa.—*Elegía 1.ª*, por Carlos Valle.—*Gránulos.*—Anuncios.

Grabados.—*Retrato de la señorita Filomena Dato Muruais*; fotograbado de Juarz y Mariezcurrena. — Ilustraciones de Mecachis.

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre, 2 pesetas.
" " semestre, 3'50 idem.
" " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semestre, 7 idem.
" " año, 10 id

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores 12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales.

COMPañIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires y el Pacífico.

Saldrá de Villagarcía el 24 de Julio el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médica quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo *D. Manuel Bárcena y Franco*. En Villagarcía, Carril y Caldas, *D Luureano Salgado, D Alfonso Rueda y D. Manuel Carús*.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 16 de Julio saldrá para Rio-Janeiro, Montevideo y Buenos-Aires el vapor

Ortegal

El 30 de Julio de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco, Rio Janeiro y Santos el vapor

Matapán

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía, En Vigo *D. Francisco Tapias, Arenal 128*; en Coruña *Sres. Arce y Comp.ª, Real 37*, y en Pontevedra y *Marin D. José Riestra López*.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.